

casarse. Tres novias he tenido yo, y a las tres las he besado por primera vez después de salir de la iglesia.

Los días de fiesta, al atardecer, cogíamos nuestras escopetas y unas viejas guitarras para rondar a las muchachas. La música era mala; pero los tiros eran buenos. Se introducía el cañón por la ventana del cuarto de la novia y soltábamos las dos cargas de perdigón contra el techo. Tales demostraciones no producían alarma alguna. Los padres de la muchacha sabían que los disparos no eran ni el prelude ni el epílogo de un drama, sino una manera de sellar el compromiso amoroso. Los perdigones clavados en la cal del techo rubricaban la petición de mano. La *chiqueta* ya podía comenzar a coser las prendas de su ajuar.

—¿No se deshacía nunca después de esto una boda? —le pregunto al tío Visent.

—¡Ah! Si el novio no podía comprar el *or*, o sean los adornos de oro que la muchacha debía lucir en la boda, ésta podía deshacerse. Pero todo acababa por arreglarse, y una buena mañana el novio aparejaba su *rosi*, y en la placeta de los Porchets de Valencia ajustaba un tablado de cama de matrimonio y media docena de sillas de a seis reales. A los pocos días acababa el idilio y comenzaba el matrimonio.

—¿Y ahora, tío Visent?

El viejo levantó sus ojillos, llenos de alegría, y me dijo:

—Yo tengo demasiados años para hablar de los amores actuales. Paséese por la Huerta, y usted mismo los verá.

Idilios entre naranjos.

En 1935 las *chiquetas* de la Huerta tienen más libertad que en los tiempos del tío Visent. Se dejan acompañar por los *chics*, coquetean, y algunas, que han visto películas de Greta Garbo, se dan aires de mujer fatal.

Entre los naranjos en flor, los idilios encuentran el más amable cobijo. En cuanto los padres del novio han visitado a los de la novia y «responden» o «se dan por enterados», se deja a los muchachos en completa libertad. Si el tío Visent enviudara por tercera vez, no tendría que esperar tanto tiempo para darle un beso a su cuarta novia.

—¿Y no ocurre nunca que después de la visita protocolaria de los padres para «responder» o para «darse por enterados», algún galán huya de su prometeda?—les he preguntado a unas huertanas.



Ahora, las «chiquetas» pueden entrar y salir libremente de las barracas y esconder sus idilios en la Huerta maravillosa. (Fot. Archivo)

—¡Nunca!—me contestaron las muchachas, espantadas ante la sola suposición de que tal cosa pudiera ocurrir.

—¡Nunca!—repitió un hombre que las acompañaba—. La Huerta tiene sus leyes, y sus habitantes deben cumplirlas igual que las de la ciudad.

Las *chiquetas* volvieron a insistir en que ningún hombre se atrevería a dejar a la novia plantada. En sus ojos no había desaparecido aún la inquietud que les produjo mi pregunta. Eran las más felices horas de su vida, unas horas llenas de besos y de dulces palabras, las que todas las mujeres de la Huerta se jugaban si algún mozo tornadizo dejaba de cumplir su pa-

labra. Las madres volverían a encerrarlas como en los tiempos del tío Visent, y ya no habría idilios a la sombra de los naranjos en flor.

Pero no hay cuidado. Los campos valencianos seguirán siendo un amable jardín de amor.

LUIS G. DE LINARES

En el próximo número:

La camarada Rosarillo pela la pava.



FRICCIÓN FINAL

AGILIDAD Y VIGOR

Fricciónese con guante ruso y Colonia Añeja. ¿Sabe usted el bien que hace esa fricción, después del baño? Deja el cuerpo ágil, descansado, los nervios firmes, y la piel, fresca y perfumada. Pero que sea Colonia Añeja, precisamente. El efecto tónico se debe a su fuerza alcohólica y a sus esencias naturales.

FRASCO, 2,50.-LITRO, 15 PTAS.
TIMBRE APARTE

PERFUMERÍA GAL
MADRID. - BUENOS AIRES